

10. Todo hijo de dios tiene un ángel guardián

Que el Señor envía un ángel para velar por cada santo se enseña claramente en la Biblia. Esto es reconfortante para quienes aprecian la naturaleza de los enemigos que debemos enfrentar en la guerra cristiana. En nuestros conflictos con los poderes de la oscuridad, los ángeles que sobresalen en fuerza pueden brindarnos esa ayuda que tanto necesitamos. Pueden infundirnos luz, fuerza y valor, y pueden estar presentes para protegernos de peligros visibles e invisibles.

Satanás es muy consciente de esto, como le dijo al Señor: «¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado a él y a su casa y a todo lo que tiene por todos lados?» (Job 1:9, 10). Y David nos informa cómo es que el Señor cerca a sus siervos: «El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Sal. 34:7). Los ángeles de Dios vigilaban constantemente a Job y todo lo que tenía, de modo que ningún mal podía acercarse a él, excepto cuando el Señor daba un permiso especial.

Lo que fue cierto en el caso de Job es cierto en el de cada hijo de Dios. De aquellos que creen en Él, Cristo dice: «Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de Mi Padre que está en los cielos» (Mt. 18:10). La frase *sus ángeles* muestra que hay ángeles tan estrechamente relacionados con los siervos de Cristo que son llamados sus ángeles. Cuando Rode afirmó que había visto a Pedro en la puerta, los hermanos dijeron: «Es su ángel» (Hechos 12:15). No quisieron decir que fuera el espíritu de Pedro, porque suponían que él todavía estaba vivo y en la prisión. Quisieron decir exactamente lo que dijo Cristo y lo que ellos mismos dijeron, a saber, que era su ángel, el que lo acompañaba. Hablando del tiempo de angustia, se dice a los santos: «Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra» (Sal. 91:11, 12).

Se afirma directamente que un ángel acompañó el campamento de Israel: «Y el ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba tras ellos» (Ex. 14:19). El sabio dice: «No dejes que tu boca te haga pecar a tu carne, ni digas

delante del ángel que fue ignorancia» (Ecl. 5:6). Esto asume que un ángel siempre está presente para escuchar lo que decimos. En armonía con esto, el apóstol dice: «Porque hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, y para los ángeles, y para los hombres» (1 Co. 4:9). Debido a que no podemos ver a los ángeles con nuestros ojos naturales, tendemos a olvidar que están constantemente con nosotros, viéndonos, oyéndonos y tomando nota de nuestras palabras y conducta. Pero, según la Biblia, este es realmente el caso.

Una hermosa ilustración de este hecho se encuentra en 2 Re. 6. El rey de Siria hizo la guerra al rey de Israel. Pero el profeta Eliseo reveló al rey de Israel todos los planes y motivos de los sirios, de modo que este pudo derrotarlos o eludirlos cada vez. El rey de Siria, habiendo sabido lo que Eliseo hacía, dijo a sus siervos: «Id y ved dónde está, para que yo envíe a prenderle. Y le fue dicho, diciendo: He aquí, él está en Dotán. Entonces envió allá caballos y carros y un gran ejército; y llegaron de noche, y cercaron la ciudad. Y cuando el siervo del varón de Dios se levantó temprano y salió, he aquí un ejército que rodeaba la ciudad con caballos y carros. Y su siervo le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos?». Se encontraban en una situación difícil, en verdad, encerrados en una pequeña ciudad, rodeados por un ejército de enemigos. Pero, ¿cómo se sentía Eliseo al respecto? «Y él respondió: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos». Naturalmente, podemos suponer que el siervo miró a su alrededor con asombro total. Pero «Eliseo oró, y dijo: Te ruego, oh Señor, que abras sus ojos para que vea. Y el Señor abrió los ojos del joven, y vio; y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo». Ahora el siervo podía entender bien por qué Eliseo estaba tan seguro y sin temor. Legiones de los ejércitos angélicos rodeaban al hombre de Dios para librarlo, según la segura promesa de Dios. El siervo no podía verlos; quizás su maestro tampoco los veía, pero por fe sabía que estaban allí.

Y el caso de Jacob, registrado en Gn. 28:10-22, es una ilustración impactante de esta verdad. Cuando dejó su hogar por temor a su hermano Esaú, se acostó solo por la noche para dormir. «Y soñó: y he aquí una escalera apoyada en tierra, cuya parte superior llegaba hasta el cielo; y he aquí, los ángeles de Dios subían y bajaban

por ella. Y he aquí, el Señor estaba sobre ella»; y habló con Jacob. «Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar; y yo no lo sabía». Los ángeles de Dios estaban a su alrededor, y los ojos del Señor estaban sobre él, pero él no se había dado cuenta. Si nosotros también pudiéramos darnos cuenta de estas verdades solemnes y gozosas, a menudo nos sentiríamos como Jacob. Así tenemos el hecho abundantemente corroborado de que los ángeles siempre están con los hijos de los hombres. ¡Qué consuelo para el humilde santo cuando es afligido, reprochado, despreciado y perseguido, saber que estos mensajeros celestiales son sus compañeros; que simpatizan con él en todas sus pruebas, lo protegen del poder del diablo y lo fortalecen en su servicio a Dios!

Estos santos ángeles tienen un profundo y vivo interés en la salvación de los hijos de los hombres. Esto se manifiesta por las muchas referencias a ello en las Escrituras. El apóstol dice: «De esta salvación inquirieron y diligentemente buscaron los profetas, . . . cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pe. 1:10-12). Se regocijaron cuando nació nuestro Salvador. A los pastores el ángel dijo: «No temáis; porque he aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, alabando a Dios y diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc. 2:10-14). Esto indica el gran interés que sienten por el plan de salvación para el hombre. En el cielo asisten a Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, en Su obra por los santos. Juan, hablando de lo que vio en el cielo, dice: «Y otro ángel vino y se paró ante el altar, teniendo un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para que lo añadiera a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono» (Ap. 8:3). Así llevan nuestras oraciones ante Dios. Cuán conmovedor es el lenguaje de Cristo: «Así os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (Lc. 15:10). Conocen el valor de un alma; comprenden el valor del cielo y el terrible destino de los impíos. Trabajan larga, seria y pacientemente para rescatar a los hombres del poder de Satanás. Cuando uno es ganado para el servicio de Dios, todos los ángeles se regocijan. ¡Entonces, qué tierno interés, qué profunda ansiedad, qué simpatía deben sentir por cada alma que lucha! ¡Oh alma mía,

anímate en Dios, quien ha hecho tan graciosa provisión para tu ayuda y tu salvación!

Juan, el amado apóstol de Cristo, fue desterrado a una isla solitaria, pero los ángeles de Dios fueron con él. A uno le fue dado el honor de entregarle la revelación del Hijo de Dios (Ap. 1:1). El Padre dio la revelación a Su Hijo, quien envió a Su ángel para dársela a conocer a Juan. Y ha llegado a través de los siglos, una fuente de instrucción y consuelo para miles de personas que esperan. Y así de toda revelación. Pablo dijo: «Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme», etc. (He. 2:2). Y Esteban dijo a los judíos y de ellos: «Vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis» (Hechos 7:53). Y ahora tienen el mismo interés en nuestro bienestar que tuvieron en la obra de salvación en los días de antaño. Las promesas de Dios son siempre seguras para todos; Sus ángeles siempre ministran a los herederos de la salvación.